

VALIJA indiscreta

EL ORDEN PRUSIANO

En un reciente artículo, cuenta Philip Whitcomb, periodista americano últimamente caído tras largo cautiverio en Alemania, —y que podrá perfectamente haberse quedado allí— que “el primer periódico después del ataque aéreo del 22 de noviembre, que dejó sin comunicación a Berlín durante cuatro días, hablaba de un ex-pasajero del metropolitano que pedía a los que se apretujaban dentro del vagón, que respirasen el suizo para dejarle espacio a él”.

¿Por qué insistir que ese pa-

isajero era expuesto y no real? El lameo no sólo es verosímil, tratándose de un alemán entre alemanes, sino que ha de ser forzadamente cierto. Se trata, sin duda, del alemán tipo, del perfecto alemán —probablemente un prusiano— a quien, en un momento de apuro, se le ocurrió hacer con los otros alemanes que iban en el vagón del subterráneo aquello para lo que están adiestrados los alemanes por una larga y ruda disciplina: respirar a la voz de mando. ¿Cómo no se le había ocurrido eso antes al Fecker?

El alemán moderno es un ser mecanizado, disciplinado, orde-

nado, uniformado, deshumanizado, una especie de “robot” construido en serie, acostumbrado a marcar el paso de ganso y a levantar el brazo para saludar a Hitler, aunque éste se encuentre en otra parte. Todo lo hacen los alemanes al suizo, con precisión científica y matemática, como las “girls” cuando levantan las piernas en las revistas del “burlesque”, y ningún alemán se atrevería a marcar un movimiento que no se le hubiese ordenado previamente. La vida ideal para el alemán es la vida de cuartel, regulada por toques de corneta, obediente a otros “robots” de mayor graduación, regida por las ordenanzas militares, que son la verdadera biblia teutónica. Se ha comparado a la multitud alemana con un rebaño, pero la imagen no es del todo exacta, porque en los rebaños suele haber ovejas descarriadas, y e ningún alemán se le ocurre descarriarse. (Hablo, naturalmente, de los rebaños de fuera de Alemania, en los cuales las ovejas pueden permitirse un cierto grado de libertad y fanta-

sía de que carecen las ovejas alemanas, las cuales constituyen rebaños mecánicos, tan uniformes y disciplinados como el mismo pueblo alemán). El alemán se mueve en un sentido o en otro cuando le aprrietan el resorte correspondiente, y siempre da la impresión de que lleva un aparato de relajera en el vientre. Esta precisión mecánica es lo que hace del alemán un pueblo absolutamente despreciable.

¿Qué hubiera hecho un español, de encontrarse en la situación en que se hallaba el estrujado alemán del subterráneo? Yo mismo: un español tenazmente se hubiera hecho la ilusión de que estaba sobando a un leñador enra de segundos tiple, y contaría luego en el café que se había corrido una juerga tremenda; un español fluido se hubiera dejado aplastar por la gente sin decir ni una palabra, por temor de molestar; y un español corriente, ibero vulgar, exuberante, andrógino y vociferador, hubiera empezado a protestar con grandes gritos, indignado contra los “que empujan” y “no conocen el reglamento de los ferrocarriles subterráneos”, para acabar echándole la culpa al gobierno —el que fuese—, en lo que hubiera podido coincidir

todos los demás pasajeros españoles. Pero lo que nunca se le hubiera ocurrido a un español es la solución científica de hacer respirar a todos el suizo. Y de haberse ocurrido, nadie le habría hecho caso, pues cada pasajero español respira, gracias a Dios, cuando le da la gana y no está dispuesto a recibir órdenes de nadie, para eso ni para nada.

En cambio, el alemán come, duerme, hace el amor, respira y muere cuando se le mandan. Todo ello científicamente, gregariamente, metódicamente, precisamente. Lo ocurrido en el vagón

subterráneo se explica porque aquel alemán estaba estrujado por otros alemanes, es decir, por seres disciplinados, obedientes, que van a la guerra mecánicamente en divisiones mecanizadas, que tienen la comida racionada y gritan “Heil Hitler!” cuando se les ordena; hombres-máquinas que acuden a los desfilas y a los plebiscitos hitlerianos; gentes que han leído todo el “Mein Kampf” por orden del gobierno; individuos cronometrados cuyo vida está regulada

en todos sus actos, desde hacer pipí hasta hacer el violonchelo, y a los que sólo se les había dejado hasta este momento una cierta libertad para respirar a su gusto. El apretujado viajero pensó rápidamente que ordenando la respiración rítmica no sólo resolvería su angustiosa situación, sino que eliminaba aquel resto de anarquía e indisciplina de la sociedad alemana. Realizó, pues, aquel tedesco el ideal del orden prusiano, que consiste en ordenar hasta el desorden. Y en los desordenados empujones de la multitud comprimida en el vagón, estableció la armonía matemática de la respiración uniforme y cronométrica: ¡Huum!... ¡Huum!... ¡Hacia dentro!... ¡Hacia fuera!... ¡Huum!... ¡Huum!... ¡Huum!... ¡Huum!...

Dada así todos una alta prueba de disciplina teutónica y uniformidad germanica, de perfección científica y mecánica, como sólo puede darte aquel magnífico orden respiratorio de cabritos prusianos.

EL VALIJERO

A.P.C.E.

SIG.: 1.2c/1061

15
13-V-44